

La cultura micénica

Por José Jacobo Storch de Gracia y Asensio

Profesor de Arqueología,

Universidad Complutense de Madrid

Introducción histórica:

A principios del Bronce Medio, en torno al año 2000 a.C., hubo una serie de movimientos de pueblos indoeuropeos, responsables del desarrollo de nuevas culturas. En Troya y la Grecia continental los aqueos hacen su aparición y durante la primera mitad del II milenio irán formando el núcleo de la cultura micénica, de una forma anónima al principio. En Anatolia, otra rama indoeuropea dará lugar a la pujante civilización hitita, mientras ciertas ciudades del Levante, tales como Biblos o Ugarit, pasan por una época de apogeo, bajo el patrocinio del Egipto del Imperio Medio.

En el Egeo, la talasocracia cicládica ha dado paso a sus competidores del sur, los cretenses. El Bronce Medio egeo es la etapa de esplendor minoico, consecuencia de la buena organización social y administrativa en el interior, y un control suficiente del mar mediante una poderosa marina, de carácter comercial sobre todo. Es el período de los palacios el resultado de una transformación política interior realizada de modo pacífico y ordenado, tal como se puede deducir a través del material arqueológico existente. Por todas estas razones, la trayectoria artística de Creta no hará más que avanzar en el camino trazado con anterioridad, aceptando toda clase de influjos de Oriente y Egipto y adaptándolos a su particularísima personalidad. En contraste con el arte oficial de Egipto o Mesopotamia, ciertamente mayestático y pleno de severidad, el arte minoico se reveló vitalista, curvilíneo, asomado por entero a la Naturaleza y con un refinado gusto, totalmente impregnado de la religiosidad profunda del pueblo cretense.

Con la llegada de los pueblos indoeuropeos a Grecia y Asia Menor, en torno al

año 2000 se produce un cambio generalizado en estas áreas geográficas. Durante algunos siglos, este territorio presenciara el advenimiento de nuevas gentes y el lento desarrollo de su cultura, en un período que se ha comparado con la posterior Edad Oscura, cuando sean los dorios los nuevos señores de Grecia. Esta etapa comprende todo el Heládico Medio, entre 2000 y 1600, y en ella se forjará la primera cultura propiamente griega, aunque ello sucede de un modo casi anónimo. Los restos arqueológicos son de una pobreza casi desesperante y muestran el proceso de adaptación de los aqueos, pueblo nómada dedicado a la ganadería en las llanuras esteparias de allende los Balcanes, a la agricultura mediterránea y al comercio marítimo dominado por Creta, entonces en su período de los Primeros Palacios. Los nuevos pobladores se establecieron por casi todas las regiones de Grecia y la costa egea de Anatolia, concentrados sobre todo en aquellos lugares que ya contaban con un amplio desarrollo en el Bronce Antiguo, tales como Troya, Eutresis y Orcómenos en Beocia, Lerna y Tirinto en la Argólida, o Malti en Mesenia, entre otros.

La llegada de estos pueblos indoeuropeos es lenta y casi inapreciable en la mayoría de las ocasiones. En Troya V, cuyo fin se sitúa hacia 1900, tan sólo se comienza a notar la presencia de la cerámica **miniana**, característica de estos pueblos (así llamada por hallarse primero en Orcómenos, donde reinó el homérico Minias) y nada más. El paso de Troya V a la gran ciudad amurallada que es el nivel VI, se realizó sin traumas, no hay ningún tipo de destrucción. Los movimientos de gentes de un lado hacia otro eran cosa común en los tiempos antiguos y no siempre respondían al prototipo de invasiones bárbaras, sembrando muerte y desolación a su paso. La penetración indoeuropea en Grecia no parece ser precisamente de este último tipo pues, en la mayor parte de los sitios en que se documenta, la presencia de estas nuevas gentes ha dejado huellas casi imperceptibles, de extrema pobreza en los primeros momentos.

Los aqueos invasores adquirieron el control de estas zonas y aportaron la doma

del caballo, el carro de guerra, las espadas largas de bronce, una cerámica muy típica y poco más. Organizados en familias con un lazo de parentesco bien establecido, la unidad social más importante es el poblado, presidido por un príncipe-guerrero y estratificado en tres clases, al modo indoeuropeo: guerreros, sacerdotes y campesinos.

Una vez establecidos en los diversos lugares de Grecia, el sedentaris mo hará adquirir a los nuevos pobladores las técnicas artesanales que dominaban los antiguos habitantes, más avanzados que ellos. A fines del Heládico Medio y comienzos del Reciente, cuando allá en Creta los minoicos han construido sus Segundos Palacios, los aqueos demuestran su capacidad organizadora y se empiezan a ver los que serán los reinos aqueos decritos en la Ilíada, encabezados por las ciudades de Iolkos en Tesalia, Tebas, Orcómenos y Gla en Beocia, Atenas en el Ática, y en su mayor parte concentrados en el Peloponeso: Micenas, Tirinto, Argos, Lerna y Asine, en la Argólida, Pilos en Mesenia, y algún que otro resto de la predecesora de Esparta en Laconia. Además de estas ciudades, protegidas ya en el Heládico Reciente II por poderosas murallas, existen multitud de aldeas y villas nobiliarias o granjas dispersas en el paisaje griego, de las que en muchos casos quedan tan sólo sus tumbas o los depósitos votivos en ciertos santuarios. Entre estas residencias hay que citar la fortaleza de Midea (actual Dendra, en la Argólida) o las tumbas halladas en Dendra y Prosimna (Argólida), Vafio (Laconia), Kakóvatos (Elida), Peristeria (Mesenia), Espata (Ática) etc. Es el período del Heládico Reciente el de apogeo de esta civilización, denominada micénica por Schliemann a partir de sus excavaciones en el círculo A de tumbas de la más importante ciudad aquea, Micenas. Por ello, cada una de las tres etapas del Heládico Reciente es llamada también Micénico Antiguo (1600-1500), Medio (1500-1380) y Reciente (1380-1100) respectivamente.

ANTECEDENTES

ARQUITECTURA:

La fundación de la ciudadela de Troya y en particular de su segundo nivel, supone la aparición por primera vez en el Egeo de una fortificación con cierto empaque, no al modo de los muros de Dímini, sino con verdaderas murallas, de unos 8 metros de altura y de 3 a 4 metros de ancho en la parte superior, con amplias rampas de acceso y macizas torres cuadradas de trecho en trecho. El área encerrada por el recinto es de 7.850 m².

Para traspasar las monumentales murallas, un nuevo dispositivo hace su aparición, el **propylon** o **propíleo**. Tomado del esquema de la casa en **mégaron**, consiste en una estructura cubierta, formada por dos largos muros paralelos con paredes transversales en los que se abren las puertas. Delante y detrás de las puertas, dos elegantes porches forman sendos vestíbulos, también cubiertos. Se trata de un acceso monumental que da paso desde el espacio abierto exterior al recinto interior, también abierto, en el cual se disponen las viviendas, ordenadas con un criterio urbanístico, otra novedad en las ciudades del Bronce Antiguo egeo. Las calles y rampas se hallan pavimentadas con losas poligonales bien ajustadas. Antes de llegar al edificio principal, otra entrada del tipo de propíleo ya descrito da acceso al patio interior del palacio; éste es un **mégaron** de grandes proporciones: 45 metros de longitud por 13 metros de anchura. Los muros, de unos 1,5 metros de espesor, cuentan con cimientos de sillería y están hechos de adobes con un entramado de madera. Los suelos eran de tierra batida, de gran espesor. En la fachada principal, los muros se hallaban protegidos por una fila de seis tablones apoyados en sendas basas de piedra lo cual proporcionaba al edificio un aspecto imponente.

De la cubierta del edificio no han quedado restos y, aunque no existen pilares o soportes interiores, se imagina una obra de carpintería a caballete para cubrir los 10 metros de hueco, lo que no parece desca bellado al contemplar la calidad de la

construcción conservada. En el centro de la habitación se encontraba situada la **eschara** u hogar, un zócalo circular, a base de tierra batida, endurecido por el fuego.

Lo más destacable del edificio es el logro de un avanzado concepto de espacio interior, algo que tan sólo conservaron los **mégara** micénicos y que se perderá con la caída de esta cultura, sin reaparecer la idea de organización del espacio interior hasta la época romana.

Las casas continentales se hicieron al modo descrito para el mégaron de Troya: muros de adobe sobre un zócalo de piedra y con un entramado de madera como refuerzo, todos ellos enlucidos. En Lerna, un gran edificio de esta época ha conservado los restos de su cubierta a base de tejas de arcilla y placas de pizarra. La así llamada **Casa de las Tejas** es una construcción de gran porte, de 25 por 12 metros, con numerosas habitaciones interiores y largos pasillos laterales. A lo largo de la cara exterior de los muros, un banco corrido de barro rojo permitía sentar se al abrigo del alero, de pizarra y muy sobresaliente. Una vez destruido en un incendio, no se reconstruyó jamás, permaneciendo como un montón de ruinas de 4 metros de alto, en el centro de una aldea que sí se rehízo en varias ocasiones. Este edificio fue respetado, quizá por su carácter sacro y sus escombros acumulados en el centro, con su perímetro limitado a base de un círculo de piedras hincadas. Las aglomeraciones humanas citadas, con un buen número de casas ordenadas según un concepto urbanístico, dan un aspecto de pequeñas ciudades con calles pavimentadas, plaza, fuentes y cisternas.

La construcción circular, el **tholos**, de gran arraigo en el Neolítico final de Chipre y de Creta apenas se utiliza ahora para viviendas, con la excepción del enorme y sorprendente edificio circular de Tirinto, anterior al palacio micénico.

Con sus 28 metros de diámetro, tres muros concéntricos están apuntalados mediante contrafuertes exteriores, adquiriendo todo el conjunto el aspecto de una gran torre, con una altura calculada en 26 metros. Se ha interpretado como la residencia del señor local, a modo de torre de habitación, mientras algunos autores prefieren ver en

este edificio un gran silo para el grano de la llanura de Argos, pues se conocen otros ejemplos, si bien de menor entidad, en Orcómenos o Asine. En las Cícladas quedan restos de graneros circulares, tal como aparece plasmado en el conocido modelo de esteatita procedente de la isla de Milo. Según esta **maqueta**, siete grandes silos cilíndricos se hallan alrededor de un patio central, cerrado por una fachada porticada que da acceso al recinto.

En la arquitectura funeraria es donde se utilizará con profusión el modelo del **tholos** neolítico. En Chipre y Creta, el tipo de cabaña circular fue empleado por los habitantes para sus tumbas. Con paredes hechas de piedras, su diámetro interior oscila entre los 8 y los 9 metros, pudiendo llegar en algún caso a los 13 metros. Casi todas ellas cuentan con unas habitaciones a modo de vestíbulo, destinadas tanto a alojar enterramientos como para el culto a los muertos.

CERÁMICA:

Con el inicio de la Edad de los Metales y desde Troya, hace su aparición en el Egeo el empleo del torno lento que, poco a poco, irá desplazando a la factura manual de la cerámica. Desde las costas anatólicas y a través de las vías comerciales, se observa una generalización de las formas lisas, con aristas pulidas y una superficie con brillos **metálicos**, además de un progresivo esquematismo de la decoración en aquellos casos en que la posean.

Algunas de las piezas más conocidas son los vasos de fondo redondeado y boca acampanada, provistos de dos asas, (**depas amphikupellon** los denominó Schliemann) y unas jarras con un largo pico vertedor, quizá lo más típico de la cerámica anatólica y que tendrá un largo futuro en todo el Egeo (es la tan citada **Schnabelkanne** o jarra de pico, tal como se cita permanentemente en la bibliografía arqueológica). Un buen

número de formas cerámicas halladas en Troya I y II son típicamente heládicas o cicládicas y, en otros casos, producciones locales imitando a aquéllas.

En el área heládica, la cerámica destaca por alcanzar la perfección de las formas **metálicas**, denominada de barniz primitivo (**Urfirniskeramik**), de origen neolítico. No presenta ninguna decoración y las paredes son notablemente finas, hechas a base de arcilla bien tamizada y mejor cocida, muy duras y con un sonido al golpe similar a la mejor porcelana. Una de las formas más características es la llamada **salsera** (**Schnabeltasse**), un cuenco con largo pico vertedor y que alcanzará una enorme aceptación por su elegante perfil.

ARTES MENORES:

El campo artístico de las artes menores es donde se reflejó de modo más señalado el espíritu minoico y su calidad de trabajo más destacado es el de los sellos grabados. Estos objetos fueron utilizados en todo el Egeo desde el inicio de la Edad de los Metales, debido a la influencia oriental (Siria, Mesopotamia) y de Egipto, donde se fabricaban ya en época de las primeras dinastías y muchos de los cuales fueron a parar a las tumbas cretenses (Mesará, Mojlos) o a las viviendas heládicas (Lerna, sobre todo). Los sellos grabados se utilizaron en la Edad de Bronce para multitud de fines: garantía de la propiedad sobre objetos y contenidos, al ser estampados en pellas de barro para precintar cestas, cofres, vasijas y hasta habitaciones sellando los cerrojos de las puertas; decoración en relieve y repetida de cerámicas, e incluso, como símbolos de distinción personal, no exentos de cierto carácter sagrado como amuletos.

En los sellos se observa una característica que define el arte cretense: para su forma exterior parte de las formas conocidas en Oriente, mientras que para la superficie de la impronta, los temas elegidos son propios del Egeo. Primero son motivos sencillos, como la típica espiral cicládica o líneas en meandro, esvásticas, flores treboladas, círculos concéntricos, etc. Dentro de este repertorio, destaca la serie de improntas en barro (los sellos no han aparecido) hallados en grandes cantidades en las

Casa de las Tejas de Lerna, o en Asine y otros lugares de la Argólida, tan numerosos y pertenecientes al Heládico Antiguo I que se consideran resultado de un foco artístico independiente del cretense. Progresivamente, los temas elegidos para ser grabados en el fondo de los sellos se complican, pasando a ser figurativos. Entre ellos destacan los animales, tales como leones, bóvidos, jabalíes, monos, arañas o abejas, enteros unas veces y con sólo la cabeza otras. El mundo vegetal está presente en forma de hojas y rosetas; asimismo, la figura humana y objetos tales como barcas e instrumentos.

Lo más destacable en los sellos minoicos desde el punto de vista artístico, es el gusto por el detalle y el movimiento que el artesano ha sido capaz de imprimir a una decoración incluida en un reducidísimo espacio, raras veces superior a los tres centímetros de diámetro. A partir de temas y formas heterogéneos, procedentes del exterior, el fabricante de sellos en Creta consigue una expresión artística con personalidad propia y de rara perfección, que permite adelantarnos a lo que será capaz de dar de sí el arte palacial en su momento de apogeo.

En este capítulo tienen cabida casi todos los recipientes áureos de las tumbas del Círculo A de Micenas, de Dendra (Midea) y los **Vasos de Vafio**, hallados en la tumba de este nombre cercana a Esparta (Laconia). Estos recipientes están formados por dos láminas de oro, la exterior repujada con temas y estilo totalmente minoicos; las asas están fijadas al cuerpo mediante remaches. Ambos vasos, hallados en 1888 dentro de una tumba de **tholos**, representan escenas campestres.

Sobre un paisaje rocoso y un fondo con olivos y palmeras, en uno de ellos un cabestro conduce a un grupo de toros salvajes mientras un joven ata una cuerda a la pata de otro toro (**vaso bucólico**). En el vaso parejo, un toro ha caído en una red, mientras otro huye velozmente y un tercero acomete a dos cazadores, uno de ellos ya derribado (**vaso dramático**). Se trata de piezas importadas de Creta. Estas obras maestras, tan notables por su expresión acabada del movimiento como por su composición, acreditan la afición de la nobleza micénica a los cuadros de género. La forma de estas

copas es un trasunto de piezas cerámicas del momento, llamadas **vasos kefti**, por el nombre con que los egipcios conocían a la isla de Creta, Keftiu.

En la etapa de los Primeros Palacios, se abandona el uso del marfil para los sellos y la esteatita se reserva para las piezas comunes. En las improntas se puede apreciar la evolución desde los temas ornamentales hasta los figurativos, con el predominio de los animales sobre los hombres. Entre aquéllos, el **galope volandero** o **galope minoico** hace su aparición y se convertirá en la más lograda imagen de movimiento. Las siluetas humanas son bastante esquemáticas, al menos hasta el momento de transición hacia los Nuevos Palacios. A partir de este punto, la forma predominante de los sellos es la elíptica, algo convexa en su cara grabada. En este período se extiende el uso del anillo-sello de oro, cuyo mayor número de ejemplares procede de las tumbas micénicas. Entre los chatones (gemas engastadas en sellos), los lapidarios grabaron un interesante grupo de rostros humanos muy realistas, al modo de verdaderos retratos, los primeros del arte europeo. Los animales y el paisaje (árboles y rocas) adquieren su mayor naturalismo, perfectamente adaptados a la redondez del sello y de composición centrada, característica del naciente arte griego, en contraste con los esquemas compositivos de las artes orientales. Este logro minoico se considera como el precedente de esta idea en el arte occidental.

En los sellos tardíos, como en las restantes manifestaciones artísticas, predomina la estructura simétrica, generalmente de tipo piramidal, con personajes y objetos organizados siguiendo ejes verticales y horizontales. Es de interés recalcar este aspecto del arte minoico, más propenso a desarrollar perfectos cuadros en miniatura que obras monumentales, tal como ocurre en las vecinas civilizaciones de Oriente o Egipto. Ello explica la pujanza y variedad de las artes menores en la cultura minoica, dotadas de una originalidad y refinamiento que hace de la Edad de Bronce Medio cretense una civilización que no desentona en absoluto entre las culturas vecinas, con

las que nunca faltaron contactos ni algunas influencias mutuas. En este carácter independiente, vitalista y creador es onde reside, quizás, el mayor atractivo del arte minoico.

ARQUITECTURA MICÉNICA

En las formas de las aldeas y ciudades, así como en la construcción de los edificios, el Heládico Medio es un puente entre el período anterior, del que conserva abundantes características y el Heládico Reciente, muchas de cuyas novedades se advierten ya en esta etapa.

El hábitat era disperso, con alguna que otra fortificación y sin rastro de construcciones palaciegas. Aunque la casa en **mégaron** es conocida, se muestra cierta preferencia por la casa ovalada o larga con remate en ábside. Los escasos recintos **principescos** conocidos (Asine en la Argólida, Malti en Mesenia) son muy modestos así como las obras de fortificación (Brauron en el Ática, Malti o Egina).

MALTI:

Esta aldea es, hasta hoy, la mejor excavada y la más idónea para hacernos una idea de lo que fue el hábitat del Heládico Medio. Al abrigo de una gran roca y presidiendo un valle estratégico, paso obligado de la parte oriental a la occidental del Peloponeso, se extiende una aldea de planta elíptica, de 138 m. de longitud. Las casas son algo irregulares, de extensión similar y construidas de adobe sobre zócalos de piedra, con dos o tres habitaciones. En el centro del poblado existió un complejo más extenso, de varias salas mayores: es la residencia principesca. Las habitaciones son predominantemente rectangulares, aunque también las hay absidadas. Entre 1900 y

1700, en el Heládico Medio II, la acrópolis de Malti fue rodeada por una muralla, de 2 a 3 metros de espesor, construida con piedras pequeñas sin tallar. Las cinco puertas que se abren en la muralla son estrechas aberturas que cortan el muro, seguidos en algún caso por un pasadizo angosto. En el interior, multitud de casas se adosan a la muralla, unas al lado de otras y adaptadas al contorno del muro y de la colina. El conjunto es de un aspecto mucho más primitivo y precario que las aldeas del Heládico Antiguo.

Los enterramientos de esta época son de inhumación, muchos de ellos se realizaron en el suelo de las casas o tras las paredes. En posición fetal, el cuerpo se depositaba en el interior de una vasija o pitos y éste en una fosa, o bien directamente dentro de una cista formada por lajas de piedra y luego cubierta por un pequeño túmulo de tierra. Así se han documentado en diversos yacimientos, tales como Drajamani (Fócida), Afidna (Ática) o en la isla de Leucade. Los ajuares que acompañaban al difunto son inexistentes al principio y muy escasos después: pequeños ídolos de arcilla, armas de bronce y algún que otro adorno de oro, sin comparación posible con la calidad de trabajo del período anterior. Tan sólo la cerámica es más significativa, denominada **minia** o **miniana**, de color gris mate y de tacto jabonoso adopta formas características pero poco variadas: copa de pie alto, vasos abiertos de grandes asas verticales y los pitos (**pithoi**).

Las tumbas de fosa generalmente se agrupaban en pequeños cementerios limitados por piedras hincadas, adoptando una planta redondeada; es el precedente de los círculos de tumbas del Micénico Antiguo y se han encontrado en diversos lugares: Hagios Ioannis cerca de Pilos, en Samikon o en Malti, ambos en Mesenia, y en otros yacimientos de Corintia y el Ática.

LOS CÍRCULOS DE TUMBAS:

La aclimatación y el dominio del territorio griego por parte de los aqueos a lo largo del Heládico Medio, les condujo a un enriquecimiento considerable, tal como se

puede apreciar por la construcción y los ajuares presentes en sus tumbas, únicos restos arquitectónicos que se conservan del período Micénico Antiguo, entre 1600 y 1500. Los lugares de hábitat están ocultos bajo las reconstrucciones de las etapas posteriores, cuando no han sido destruidos por estas obras, y aún no están fortificadas.

Las **tumbas de fosa o de pozo** están concentradas, formando grupos en el exterior de la ciudad. Estas tumbas familiares son conocidas a través de los conjuntos de Lerna, Corinto o Afidna, en el Ática, pero los ejemplos más monumentales son los llamados **círculos de tumbas** de Micenas. El más antiguo y alejado de la acrópolis es el **Círculo B**, fechado entre 1600 y 1550. se trata de un conjunto de 24 enterramientos: 14 tumbas de pozo (**shaft graves**), 9 cistas y una tumba de cámara. Esta última es más tardía (del siglo XV), excavada en la roca y cubierta con piedras talladas en aproximación de hiladas, dando lugar a un techo a doble vertiente. A la tumba se accedía a través de un corredor o **dromos** y constituye uno de los precedentes de las posteriores **tumbas de cámara o tholoi**.

El **Círculo A** de tumbas estaba también en el exterior de la ciudad, hasta que con la ampliación de sus murallas, después del año 1300, quedó incorporada a la misma, tal como se puede ver hoy día. Contaba con seis profundas fosas con sus muros de mampostería, además de varias tumbas del Heládico Medio, que se extendían colina abajo y muchas de ellas destruidas con la construcción de las fosas principescas del Micénico Antiguo.

Las fosas estaban señaladas mediante estelas hincadas en el suelo y rodeadas de un muro circular; éste fue modificado y reconstruido tras la ampliación de la ciudad, a cuya fecha corresponde el actual doble muro de placas de caliza que, en un principio, a Schliemann le pareció la estructura del ágora de Micenas. Con sus excavaciones, puso al descubierto los riquísimos ajuares correspondientes a las 19 personas allí enterradas, de dos a cinco por tumba: nueve hombres, ocho mujeres y dos niños.

Con las excavaciones del círculo B, realizadas en 1951-52 y de un modo más minucioso que las de Schliemann, se ha podido conocer mucho mejor la técnica constructiva de estas fosas. Primeramente se excavaba en la roca un pozo rectangular de hasta 5 metros de profundidad; luego se recubrían las paredes con unos muros de

pedras pequeñas o ladrillos hasta una altura de 1 a 1,5 metros. Sobre el suelo cubierto de guijarros se depositaba el cadáver, cubierto materialmente por su ajuar: ofrendas de alimentos, joyas, armas, cerámicas, etc. La tumba se cerraba por medio de vigas de troncos apoyadas en los muretes y una cubierta de ramaje y barro. Por último, se rellenaba la fosa con tierra hasta formar un pequeño montículo sobre ella, en el que se clavaba una estela de piedra. El proceso se repetía en cada tumba o en las reutilizaciones, en cuyo caso se apartaban las ofrendas y los restos del enterramiento (cuando no eran saqueados, como en alguna fosa del círculo B o en los posteriores **tholoi**) con el fin de dejar espacio para el nuevo difunto. Con la enorme acumulación de tierra y piedras sobre las tumbas de fosa y el cambio de ritual funerario y la construcción de las tumbas de cámara, hacia 1500, los pozos y sus ajuares fueron olvidados y, gracias a ello, escaparon al pillaje. Hoy día sorprende enormemente la riqueza que llegaron a acumular los príncipes de Micenas en sus ajuares funerarios.

Una de las más ricas, la tumba IV del círculo A, contenía más de 400 objetos, a repartir entre los cinco enterramientos (tres hombres y dos mujeres): 3 máscaras, 2 coronas, 8 diademas, 1 collar, 3 brazaletes y 2 anillos, todo en oro; 27 espadas y otros 16 pomos, en bronce, marfil, oro, alabastro y madera; 5 dagas y 6 pomos más; 16 cuchillos y 5 **navajas de afeitar**; 7 vasijas de oro, 11 de plata, 22 de bronce, 3 de alabastro, 2 de loza y 8 vasos cerámicos, 2 ritones de oro (**rhyta**), 3 de plata y 2 más de huevo de avestruz; un peine de oro y marfil; una figura de plata de un escudo en forma de ocho; dos sellos de plata; 683 láminas de oro recortadas en varias formas y repujadas; botones y cintas de tahalíes en oro; 38 puntas de flecha, 92 colmillos de jabalí, restos de cascos de guerra; 1 hacha; 1 tridente; 2 piedras de afilar; **nudos**

sagrados minoicos de loza; 9 cuentas de amatista del Peloponeso y 1290 cuentas de collar de ámbar báltico; un tablero de juego de loza y cristal; e innumerables restos de tejidos, vasijas metálicas deshechas, remaches, clavos, alfileres, fragmentos de marfil y de espadas de bronce, además de fragmentos de objetos en madera.

La procedencia de los objetos citados, así como los diversos estilos artísticos (que analizaremos más adelante) muestran un amplio contacto del mundo micénico con territorios muy alejados entre sí, a través del comercio, desde Centroeuropa hasta Egipto, y desde Anatolia y Mesopotamia hasta Creta. La última de estas tumbas de fosa del Círculo A está datada poco antes del 1500. Con posterioridad a esta fecha se realiza la tumba de cámara del círculo B arriba citada.

ARQUITECTURA CIVIL:

Los restos de las viviendas y poblados contemporáneos de las tumbas de pozo son casi inexistentes y muy endebles. Hay que esperar a las reconstrucciones de las ciudades aqueas, a partir de fines del siglo XV y del comienzo del Micénico Reciente, para estudiar y definir las principales características de la arquitectura micénica:

-El hábitat se dispone siempre sobre una colina destacada, de fácil defensa y situada estratégicamente, en los bordes de los valles o en las proximidades del mar, en posición dominante sobre el territorio bajo su dominio.

-Dentro de la aldea, ocupando la parte más alta de la colina, se construye la residencia principesca según el esquema en **mégaron**. La disposición de las diferentes habitaciones alrededor del mégaron principal se realiza ordenadamente, con un claro sentido urbanístico, dando lugar a una ciudadela o acrópolis dentro de la ciudad.

-La fácil defensa de la colina es realizada por potentes murallas, construidas con enormes bloques de piedra sin tallar y colocadas unas sobre otras, en seco. Es el denominado **aparejo ciclópeo**, desde que los griegos clásicos atribuyeron su construcción a los Cíclopes, al pensar que esta obra excedía la fuerza y las necesidades

de los humanos. Algunos tramos de murallas contaron hasta 15 m. de altura.

-El acceso, en empinadas rampas, es controlado por entradas monumentales, construidas en bloques más o menos trabajados y ajustados entre sí. Sobre el dintel de entrada destaca el llamado **triángulo de descarga**, formado por la aproximación de las hiladas de piedra, para evitar su ruptura, lo que sucedería si se cargase sobre él el peso del muro.

-Además de la puerta principal, es común la existencia de otras entradas, generalmente más reducidas (poternas), protegidas por torres y estructuras en forma de AU@, haciendo casi imposible el acceso **sin control**. Este dispositivo militar de entrada en embudo parece una invención indoeuropea, presente tanto en Grecia como en Asia Menor (Troya y el imperio hitita).

-La ciudadela o acrópolis, donde se ubica el palacio micénico y sus edificios anejos, cuenta con su propio sistema de defensa, a base de otros recintos amurallados interiores. El camino de entrada hacia ella asciende por la colina a través de rampas y escalinatas. de trecho en trecho y llegada la ocasión, poderosas puertas cierran el paso; todo parece indicar una necesidad de aislar el palacio más bien de un posible enemigo interior que de otro externo.

-El palacio constituye un edificio cerrado, organizado por un eje longitudinal, en contraste con el palacio minoico. La base del palacio es el mégaron, tal como el descrito para el nivel de Troya II. La fachada es un **dístilo in antis**, es decir dos columnas sostienen el porche, entre dos paredes rematados en antas. A través del vestíbulo se accede a las habitaciones, unas detrás de otras. La habitación principal o **salón del trono** está centrado en torno a la **eschara** u hogar, rodeado por cuatro columnas que sostienen el piso superior y la abertura de salida de humos, convertida a la vez en **pozo de luz**.

-La columna está tomada del modelo minoico: su grosor descende de arriba abajo y su basa es una rodaja de piedra, cuando no está encajada en el suelo del mégaron, en un hueco dispuesto a tal efecto. El fuste es, con frecuencia, acanalado, tal como lo señalan las huellas dejadas por las estrías en el pavimento que, en tierra batida y cada vez que se renueva, capa a capa, va cubriendo la parte baja de las columnas, haciendo

las veces de un molde.

-Los suelos, como ya se ha dicho, eran de tierra batida de gran calidad. Su acabado incluía la pintura de motivos geométricos y algún que otro animal estilizado (casi siempre pulpos y delfines), en un motivo de cuadrícula al modo de los actuales suelos de terrazo.

-Las paredes, construidas de mampostería y sillares en las esquinas y algún zócalo, están armados con postes de madera. Los paramentos se recubrían de estuco y eran decorados con pinturas al fresco. No se han conservado las cubiertas, aunque es de imaginar que fuesen de carpintería, con el tejado plano y aterrizado.

-Las casas son generalmente de un piso, aunque hay algunas que muestran la existencia de escaleras de subida a otro superior. Se disponen más o menos ordenadamente, en terrazas escalonadas siguiendo el contorno de la colina, con calles anchas y escalinatas que unen unas partes con otras.

-A fines del Minoico Reciente, a partir de 1300, las principales acrópolis se dotan de unos accesos monumentales a las fuentes, desde dentro de las murallas, que aseguren el aprovisionamiento de agua en caso de sitio.

-Tanto dentro como al exterior de las murallas, muchas casas han dejado huellas que revelan su función de almacenes, talleres artesanales, lagares, cocinas y salas de guardias. Las ciudades micénicas vienen a ser el trasunto continental de los palacios minoicos: grandes centros administrativos, políticos y artesanales, aunque muy diferentes en cuanto a su disposición, carácter y extensión. Pilos es una de las ciudades micénicas más amplias y llega tan sólo a la cuarta parte de la superficie de Cnosós.

Las principales ciudades-palacio micénicas fortificadas que conocemos hoy día son Micenas, Tirinto, Pilos, Atenas, Tebas y Gla (Arne, en Beocia, no muy citada en las fuentes literarias, pero de enorme extensión). Otras ciudadelas menores, algunas fortificadas, son Iolkos (Tesalia), Orcómenos (Beocia), Delfos (Fócida), Maratón, Brauron, Espata, Menidi, Thórikos y Eleusis (Ática), Midea, Lerna y Asine (Argólida) y Amiklai (Laconia). En las islas, Delos y Keos (Cícladas) junto a Ialysos (Rodas) han dejado restos de una etapa de fuerte dominio micénico.

MICENAS:

Sobre una colina de 278 m. sobre el nivel del mar, la acrópolis de Micenas tiene una forma aproximadamente triangular, de unos 350 metros de longitud, con una extensión de 900 m². Parte de las construcciones del palacio y un tramo de murallas corresponden a la etapa de hacia 1400, tal como revelan por ejemplo las placas de loza egipcia, con el sello de Amenofis III, que decoraban una habitación del conjunto palacial. Pero la mayor parte de los restos hoy visibles, incluidas las obras de remodelación del círculo A de tumbas, corresponde a un momento tardío, fechado en torno al 1250 poco antes, más o menos, de los años en que se desarrolló la guerra de Troya. En aquella fecha se realizaron las ampliaciones de las murallas y con ellas, la excepcional entrada con la **Puerta de los Leones**, adornada con el relieve que le da nombre, al fondo de un pasillo protegido por un bastión de 14 metros de longitud. Esta parte de las murallas fue construida con esmero, a base de grandes bloques rectangulares con las aristas redondeadas y que ajustan perfectamente.

Tanto los muros como la puerta, con sus dos enormes jambas y el poderoso dintel, forman parte de una de las fachadas más impresionantes y monumentales de la arquitectura griega incluso hoy día, a pesar de su parcial deterioro. Una vez traspasada la puerta, a un lado quedan los cuartos de la guardia, el círculo A de tumbas y toda una barriada de casas y talleres. Por una amplia escalinata y un camino serpenteante, se llega a lo alto de la Acrópolis, donde un patio daba entrada a una habitación de culto en un lado y al **mégaron** en el frente opuesto, hoy bastante arruinados aunque se puede percibir bien su planta. En el ángulo noreste de la ciudad, una ampliación de las murallas abrigaba un grupo de casas y la entrada a la fuente Perseia, un pasadizo en parte construido en falsa bóveda y en parte excavado en la roca, siguiendo un recorrido acodado con 104 escalones, que finaliza en una pequeña alberca al que llega el agua desde 100m. más al este, conducida por tubos de terracota.

TIRINTO:

Ubicada sobre un espolón rocoso que apenas sobresale de la llanura

circundante, la ciudad micénica de Tirinto se edificó sobre los restos de poblaciones anteriores. Estos se remontan al Heládico Antiguo, como es el caso del enorme edificio circular, descrito al comienzo de la presente exposición. La poca altura del afloramiento pétreo queda perfectamente obviada mediante unas soberbias murallas que se conservan en todo su recorrido. En la actualidad, este lugar es el mejor ejemplo de lo que llegó a ser la ciudad-palacio micénica; su fortificación le valió el epíteto homérico de la **bien murada Tirinto**. Su construcción también se realizó por etapas, a partir de 1350, mediante sucesivas ampliaciones de las murallas; la última es contemporánea de la **Puerta de los Leones** de Micenas y encierra la ciudad baja, excavada en los últimos años.

El acceso principal es una rampa que obliga al posible atacante a mostrar el lado derecho, el contrario al del escudo, en una disposición que favorece la defensa de la entrada.

El recorrido hacia la ciudadela alta se realiza a través de un estrecho corredor formado por altos muros a ambos lados y cerrado de trecho en trecho por dos grandes puertas. Una vez pasadas éstas, un patio abierto, con el cuerpo de guardia, da a un monumental propíleo y a otro patio. Este esquema se duplica con un nuevo propíleo y un patio porticado antes de llegar al **mégaron**. Las murallas constituyen uno de los mejores modelos de arquitectura militar de la época, con sus escaleras secretas, numerosas poternas, torres y bastiones de hasta 15 m. de altura y sus pasillos interiores y **casamatas**, formadas por **falsas bóvedas**, mediante la aproximación de hiladas de enormes bloques de piedra.

En la ciudadela micénica residían los príncipes micénicos y sus allegados, mientras que los talleres y las viviendas de los artesanos se extendían al pie de la acrópolis, en una barriada que fue protegida en parte por la última ampliación de las fortificaciones, quedando un buen número de viviendas fuera de los muros, como también sucedió en Micenas. Esta es una de las grandes novedades de Tirinto, pues hasta que las excavaciones de los últimos años han dejado al descubierto una estratigrafía de poblamiento con varios metros de potencia, el recinto norte de la

ciudad se interpretó como muros de defensa de un espacio abierto, preparado para refugio de hombres y animales en caso de un ataque. Como en Micenas, de este último recinto parten dos túneles abovedados paralelos hacia el subsuelo de la tierra, con el fin de acceder a los manantiales de agua y garantizar su aprovisionamiento en los períodos de asedio.

PILOS:

En el extremo sudoeste del Peloponeso, en **la arenosa Pilos** de Homero, se alzaba el palacio de Néstor, en medio de uno de los más sorprendentes conjuntos palaciales micénicos. Situado en una colina cercana al mar, el conjunto de Pilos contaba ya con un buen número de edificaciones antes de construir el **mégaron** según un patrón similar al de Tirinto.

A través de un propíleo, con una sola columna por fachada en este caso, se penetra en un patio transversal que conduce a las diferentes habitaciones del conjunto. Antes de trasponer esta entrada, se hallan dos habitaciones pequeñas que hacían las veces de archivo real; en él se encontraron más de mil tablillas de **lineal B** de barro; éste fue cocido por el incendio que acabó con el palacio y conservó casualmente una enorme cantidad de datos sobre la economía y la administración micénicas.

Al cruzar el patio y siguiendo el eje del propíleo, se accede al palacio. Un porche columnado (**prothyron**) y un vestíbulo (**prodromos**) preceden a la habitación principal, el **mégaron** propiamente dicho. El piso superior de éste se hallaba sostenido por cuatro columnas, cuyas 60 tenues estrías o acanaladuras han dejado su huella en el pavimento de tierra batida. A uno de los lados se encontraba el trono, en un sitio preparado al efecto. y junto a él un canalillo abierto en el suelo permitía hacer libaciones sobre unas jarras enterradas. Este resto arqueológico ha permitido constatar el uso del **salón del trono** también como santuario. Los ritos practicados en él estarían ligados a la figura del príncipe aqueo, sacerdote además de jefe militar. Tanto el suelo como las paredes se hallaban recubiertos de con pintura de vivos colores. Los abundantes restos que han quedado de ella revelan una decoración **a la minoica** del

palacio. En el centro de la habitación se ha encontrado la base del hogar o **eschara**, de tierra batida y rehecha en cinco ocasiones, pintada con motivos de espirales enlazadas y triángulos curvos, a modo de llamas. Desde el vestíbulo, en las paredes laterales se abren sendas puertas que permiten el acceso a las habitaciones, almacenes, cocinas y escaleras para subir al piso superior. En una de estas habitaciones se ha conservado una bañera de terracota, decorada con espirales y a la que se accedía con la ayuda de un escalón de tierra batida. La **sala del baño** se ajusta enormemente, al igual que el resto del palacio, a la narración de la acogida dispensada a Telémaco en su visita a Pilos. Las habitaciones de alrededor formaban parte de un conjunto llamado el **mégaron de la reina** por las similitudes que guarda con las alas domésticas de los palacios minoicos, con los que hubo unos contactos que han dejado sus huellas en las partes más antiguas de Pilos, contemporáneas de la etapa micénica de Cnosós.

LAS TUMBAS DE CÁMARA (THOLOI):

A lo largo del siglo XV, durante el Micénico Medio, los ritos de inhumación en tumbas de fosa fueron dando paso a los enterramientos dentro de una cámara. Al principio se trataba tan sólo de una pequeña habitación rectangular, o aproximadamente circular, excavada en la roca y precedida por el **dromos** o corredor de acceso, más o menos como los hipogeos egipcios. Este tipo de tumba se conocía en el Egeo ya desde el Cicládico Antiguo, al comienzo de la Edad de Bronce. Pero la construcción funeraria que se extenderá por toda la Grecia micénica, desde Tesalia hasta Laconia y Mesenia, es la forma de **tholos**, una tumba de cámara circular, cubierta por una cúpula, cuyo máximo exponente es el **Tesoro de Atreo** de Micenas. La cámara sepulcral se halla, por lo general, excavada en la roca y recubiertos sus muros por hiladas de piedra que, poco a poco, van estrechando el diámetro interior hasta cerrarse en lo alto, formando así la llamada **falsa cúpula**. Al principio, los sillares de piedra están desbastados groseramente y son de dimensiones reducidas; poco a poco irán aumentando de tamaño así como de calidad de labra hasta convertirse en perfectos sillares, bien escuadrados y de aristas redondeadas. Con estos bloques, algunos de un peso de varias toneladas, se revisten las paredes del **drómos** y de la

cámara funeraria. El corredor, a cielo abierto y de trazado horizontal, finaliza en un muro en el que se abre la entrada a la tumba o **stomion**, a modo de una fachada palaciega o como una puerta monumental de muralla, con el característico triángulo de descarga sobre el dintel y restos de decoración pictórica y de relieves.

La cámara funeraria suele presentar un perfil troncocónico muy particular, en forma de colmena, con las caras de los sillares enrasados y muy bien ajustados. Para evitar su derrumbe, muy normal en los **tholoi** construidos en una llanura, tal como ocurrió en muchos de los que se han excavado en Mesenia y Laconia, los arquitectos micénicos excavaban en la roca la parte inferior de la cámara, mientras que su zona superior, sobresaliente del contorno de la colina, se recubría con un montículo artificial limitado por unos muretes de piedra.

Para Pausanias uno de los principales lugares de interés, comparable a las pirámides de Egipto, era el **tholos de Minias**, en Orcómenos que describe como **una de las mayores maravillas de Grecia y del mundo: Está construida de piedra; su forma es circular, pero la parte superior no sobresale demasiado; dicen que la piedra de la parte superior es una piedra angular que mantiene toda la estructura en su sitio**. Evidente mente, Pausanias conoce la arquitectura romana, donde el arco y la bóveda no se sostienen sin la dovela clave que cierra su trazado, pero éste no es el caso de las cúpulas micénicas, cuyo peso se descarga verticalmente.

El grupo más importante y completo de **tholoi** se encuentra en Micenas. Su estudio ha permitido fijar las etapas de la evolución tipológica y de las técnicas de construcción. De todos ellos, el más completo e impresionante es el llamado **Tesoro de Atreo**, pues ya en la Antigüedad se podía visitar y era interpretado como lugar de almacenamiento de las riquezas de los príncipes. La visita de este colosal complejo sigue siendo, hoy día, uno de los momentos culminantes en un viaje a Micenas a pesar de su desnudez, por estar desprovisto de todos los elementos que decoraban su fachada y el interior de la cámara. El **dromos** es extremadamente largo, unos 36 m. por 6 m. de ancho.

En el punto de encuentro del **dromos** con la fachada, los muros del corredor alcanzan los 14 m. de altura. El vano de la puerta, de forma trapezoidal, es también

enorme: 5,4 x 2,6 m. y da acceso al **stomion** o pasillo interior, cubierto por dos enormes dinteles de piedra, de 1 m. de espesor y un peso aproximado de 120 toneladas el mayor de ellos. El bloque interior, de 8 x 5 m., presenta su cara lateral tallada siguiendo el contorno circular de la cámara; ésta se compone de 33 hiladas de piedra hasta alcanzar unos 14 m. de altura, la misma dimensión de su diámetro. En un lado de la cámara se abre una portezuela que da a una reducida habitación excavada en la roca, la cámara sepulcral propiamente dicha. Por encima de la cúpula, varias capas de arcilla apisonada impermeabilizan el conjunto, encima de éste se amontonó tierra hasta formar un montículo de unos 18 m. de altura.

La decoración de la cúpula consistía en una serie de rosetas de bronce clavadas, imitando el cielo tachonado de estrellas. La fachada exterior de la entrada conservaba aún restos de su decoración, retirados ya en el siglo XIX y guardados en el Museo Nacional de Atenas y en el Museo Británico. Consistía en dos enormes semicolumnas con relieves en el fuste, de piedra roja y verde, además de placas labradas con toros y motivos geométricos, utilizadas para ocultar el triángulo de descarga sobre el dintel. El vano de la entrada se cerraba con grandes puertas de madera forradas con planchas de bronce, de las que nada ha quedado salvo las huellas de sus goznes y fallebas. Esta tumba fue contemporánea de la **Puerta de los Leones**, hacia 1250.

El **tholos** más moderno de Micenas es el llamado **de Clitemnestra**, para algunos la tumba del propio Agamenón, fechada hacia 1220, más o menos la fecha que corresponde al regreso de éste tras su intervención en la Guerra de Troya. Algo más pequeño que el **tholos de Atreo**, se conservó intacto hasta los primeros años del siglo XIX cuando, tras su accidentado descubrimiento, comenzó su ruina hasta su restauración en 1951. En la entrada aún conserva las basas de las semicolumnas que decoraban las jambas; en piedra roja, presenta acanaladuras con aristas, probable precedente de las estrías de las columnas dóricas posteriores. La tradición oral que narra el descubrimiento fortuito de la tumba por un campesino, habla de los tesoros hallados en ella y confiscados por el pachá turco de Nauplion, **con los que se cargó una reata de 90 mulos**, entre objetos de oro, armas y vasos cerámicos. Al margen de

la casi segura exageración de la noticia, algunos **tholoi** llegaron intactos hasta el momento de su excavación y han proporcionado ricos ajuares, tales como las tumbas de Prosimna, Dendra o la de Pilos, los cuales nos han permitido imaginar lo que habrían contenido los **tesoros** de Micenas, **la rica en oro** como gustaba de decir Homero.

Como conclusión, se puede decir que la arquitectura micénica no resultó ser demasiado original, pues todos sus edificios y realizaciones cuentan con antecedentes y paralelos tanto en el Egeo y Anatolia como en el mundo minoico.

Pero la calidad del trabajo así como su monumentalidad, la sitúan en un lugar destacado dentro de la arquitectura mediterránea del Bronce Final, con su momento de apogeo entre 1300 y 1220. Coincide, por tanto, con el esplendor del poderío micénico, poco antes de su destrucción a manos de los **Pueblos del Mar**, ya en el siglo siguiente.

PINTURA:

En los palacios micénicos se han conservado los restos de la última pintura mural producida por la Grecia primitiva. No se volverá a ver este arte hasta el siglo IV, con la pintura helenística, aunque sepamos que hubo también una pintura floreciente en el período clásico y de la que únicamente restan descripciones literarias. La pintura micénica es la más antigua que conocemos en la Grecia continental, al margen de los escasos precedentes del Heládico Antiguo, la **Casa de las Tejas** de Lerna, por ejemplo, donde las pinturas aplicadas a las paredes son lisas y de un solo color.

Los primeros frescos provienen del llamado **Palacio de Cadmo**, en Tebas, y algún fragmento, del palacio más antiguo de Tirinto, fechados ambos hacia 1400. En ellos aparecen procesiones de mujeres de tamaño natural (unos 1,60 m. de altura), las más **minoicas** entre todas las pinturas micénicas.

La técnica pictórica es la misma que en Creta, el estuco pintado al fresco, con colores intensos: blanco, amarillo, rojo, azul y negro, huyendo de las tonalidades suaves y grisáceas. En el continente se aprecia una mayor dureza a la hora de marcar los perfiles de las figuras y los colores aparecen conjuntados de un modo más burdo,

hiriente a los ojos en ocasiones.

Los repertorios de temas y el estilo están influidos claramente por el arte minoico, aunque se ampliarán con motivos y estilos nuevos, típicos del continente. A los conocidos temas de las procesiones de oferentes, juegos de toros, frisos de animales, plantas, flores y motivos abstractos, se suman otros propiamente micénicos y prácticamente desconocidos en Creta: escenas de guerra y de caza, desfiles de carros, motivos geométricos, animales heráldicos, etc.

Hay una clara preferencia por los temas de acción o de desfiles procesionales, más que por las ceremonias de culto o las vistas de la naturaleza, tan socorridas en los palacios minoicos. De éstos se tomaron, sin embargo, los desfiles, dándoles una mayor trascendencia, quizás en homenaje al príncipe, al modo oriental o egipcio. Las figuras son casi exclusivamente femeninas, vestidas con los largos vestidos cretenses de volantes y chaquetas con mangas cortas, ajustadas y abiertas, mostrando abultados senos. Los peinados son más aparatosos que en Creta, con sus muchos aderezos de cintas y diademas. Los personajes van descalzos, caminando de perfil y con píxides y ramos florales en las manos.

En las escenas de caza o de guerra es manifiesta la afición a los enormes lebreles y los caballos blancos y rojos, al modo egipcio, o a los jabalíes amarillos, armados de poderosos colmillos, como verdaderas lanzas. Se prefiere el detalle de las armas y de las piezas de un carro, al tratamiento minucioso de la contextura anatómica de las figuras, muy someras siempre en su expresión. Los fondos son de colores planos, aunque en algunos casos también se dividen en bandas de colores contrastados.

A diferencia de la pintura minoica, los micénicos encuadran las escenas pintadas en marcos pulcramente trazados, verticales y horizontales, compuestos de bandas decoradas con espirales enlazadas y otros motivos geométricos. Cabe también toparse con frisos de temas repetidos, por ejemplo argonautas con los tentáculos dispuestos en la misma dirección. En general, la figura humana adopta una postura rígida, muy estereotipada. La composición revela, pues, la presión ejercida por el gusto **geometrizable** del micénico sobre un estilo que debe mucho a la herencia mi-

noica. Se ve ésta sometida a unas pautas rítmicas y ordenadas, muy alejadas de las preferencias cretenses. Este carácter ha sido calificado con el epíteto **tectónico**, por oposición a la visión **pictórica** que preside la composición minoica. Los conjuntos de pinturas más importantes han aparecido en los palacios de Tebas, Tirinto, Micenas y Pilos, además de algunos restos procedentes de Orcómenos y Gla.

Además de los citados temas cinegéticos (**cacería de los jabalíes** de Tirinto, por ejemplo), procesionales (**damas oferentes** de Tebas o de Tirinto, **damas en un carro** de Tirinto), o de guerra (las interesantes escenas de Pilos, en las que los guerreros micénicos luchan con bárbaros vestidos con pieles y armados sólo de lanzas y espadas) hay que contar con otros vasos. Entre éstos, destacan una **taurokathapsía** de Tirinto, algo **congelada** si se compara con su precedente minoico, las **damas danzantes** o las **escenas de banquete** en Micenas, o la tan conocida escena del palacio de Pilos en la que, en un enorme mural, un tañedor de lira vestido a la minoica está sentado en una roca de colores fantásticos; delante de él, en primer término vuela una enorme ave cresteada y más allá, dos gigantescos leones respaldan a unos grifos que flanquean el sitio del príncipe, como en el Salón del Trono de Cnosós. Muchos fragmentos de frescos proporcionan abundantes datos acerca de fachadas arquitectónicas rematadas por esfinges afrontadas, muebles, armas, etc. El grupo más numeroso de frescos y temas varios representados procede de Pilos, donde se han conservado restos de dos momentos distintos, uno de hacia 1300 y otro, contemporáneo del momento de la destrucción del palacio, debida al incendio definitivo del siglo XII. Frente a lo intemporal de los temas de la pintura minoica, volcada hacia la naturaleza y a escenas rituales, la pintura micénica ofrece una colección de cuadros narrativos de sabor local, cuya independencia de la temática cretense se ha visto acentuada por la caída de los palacios minoicos, poco después de 1400, dejando de existir la tutela artística que sobre los micénicos ejercieron los artistas procedentes de Creta, desde los lejanos tiempos en que los aqueos se apoderaron del territorio griego.

CERÁMICA:

A la llegada de los indoeuropeos a Grecia continental y a las costas egeas de Anatolia corresponde la expansión de una cerámica muy característica denominada **miniana** debido, como se ha dicho, a su acreditación primera en Orcómenos, la patria del rey Minias.

Con una superficie mate, de color gris (naranja o amarillo en la zona asiática), de tacto untoso, parecido al jabón, las formas de este tipo cerámico son escasas pero muy representativas: la copa de pie alto con bandas horizontales y diminutas asas, precedente de la clásica cílica (**kylix**); el prototipo del cántaros (**kantaros**), una copa baja y ancha con enormes asas verticales y jarras. Los perfiles son de buen diseño, con sus partes claramente diferenciadas mediante finas aristas y claros cambios de orientación. Parece una imitación de formas metálicas y es de muy buena calidad, tanto por el barro empleado como por su cocción; el resultado son unas apreciadas vasijas con un aspecto exterior de dureza, similar a las formas de metal o de piedra. A falta de otros materiales, esta cerámica del Heládico Medio es un fiel anticipo de lo que será el gusto micénico: formas bien estructuradas, con predominio de la simetría, y simplicidad de diseño.

La cerámica miniana compartió su expansión con otro tipo, decorado con pintura mate sobre fondo claro, mal llamado **cerámica de Egina**, de tradición local no sólo de las islas sino también del territorio continental, desde antes de la llegada de los aqueos. Sus formas son también parcas: cuencos, jarras y tinajas de tamaño medio. La decoración, de color castaño negruzco sobre fondos amarillentos o levemente verdes, es lineal y compuesta de motivos geométricos: líneas cruzadas, círculos radiados y bandas formando cuadros, con un sentido **tectónico** que coincide con el gusto aqueo por las composiciones bien delimitadas.

A partir de estos precedentes, con el inicio del Heládico Reciente o período Micénico, hacia 1600, comienza una serie de estilos cerámicos de gran interés. Las formas vasculares halladas en los círculos de tumbas de Micenas o en otras tumbas de fosa de este período son básicamente las anteriores, a las que hay que sumar piezas importadas de Creta, inmersa entonces en pleno **estilo naturalista**, con el **estilo floral**

completamente desarrollado y en los primeros pasos del **estilo marino**. Muchas de las vasijas de estas tumbas son imitaciones regionales de los ejemplares cretenses.

A partir de ahora, y con los precedentes anteriores, es fácil comprender lo que ocurrirá con la cerámica micénica: a las formas propias así como a aquellas que adopte de Creta y las islas, junto a algunas formas nuevas, se les dotará de una decoración básicamente minoica pero, eso sí, organizada al modo **tectónico**, ordenado y racionalista. Es el **estilo de Palacio** que vimos en el Cnosós dominado por los aqueos y cuyo origen, en el continente, es algo anterior, hacia 1500-1450. En este momento de apogeo, el repertorio de formas cerámicas se amplía de modo considerable; los micénicos inventan formas nuevas y modifican otras, dando lugar a un muestrario de hasta 68 perfiles distintos y de diferentes tamaños, en el Micénico Reciente y el Submicénico.

Entre las novedades destacan las **copas efíreas** (de Efiris, cerca de Corinto), lo más parecido a **copas de champán**; las cráteras, grandes vasijas de boca ancha con dos asas horizontales y un pie prominente; o la jarra de estribo, vasija globular con asa doble en la parte superior y pico vertedor descentrado. En general, se aprecia una disminución de la longitud de cuellos y picos frente a un progresivo ensanchamiento de las panzas, con formas muy globulares o abiertas y un afianzamiento de las vasijas, al dotarlas de amplios pies que equilibren la masa del recipiente. Otro aspecto de la evolución de estas vasijas es la pérdida de las múltiples asas en favor de aquellas formas simétricas, de dos asas, que permiten una más clara axialidad en los recipientes. Todos ellos están decorados con motivos marinos y florales estilizados, junto a otros puramente geométricos, colocadas ordenadamente. Siguiendo esta disposición, surge un **estilo de metopas**, caracterizado precisamente por espaciar la decoración a modo de tríglifos y metopas, entre bandas paralelas más o menos anchas. El **estilo de metopas** o **estilo cerrado**, muestra una proximidad notable con la esencia del arte griego geométrico, al que prelude en cierto modo.

En el período final del Micénico Reciente, junto al estilo anterior, surgen otros, también muy característicos. Uno de ellos es llamado **estilo del granero**, por haber

aparecido en gran número en la casa de este nombre en Micenas, y se caracteriza por sus series horizontales de círculos pintados.

El segundo es el **estilo denso o tupido**, con un tratamiento dibujístico, de tipo lineal y muy estilizado, de los temas de origen minoico reducidos a la mínima expresión, tales como unos escuálidos pulpos o unos trazos curvos en vez de los tentáculos de los argonautas, por ejemplo. Este es uno de los caudales básicos del período Submicénico, tras la caída de los palacios.

Paralelamente a los anteriores, el estilo **heládico-levantino**, o también **pictórico**, constituye una variante muy interesante del estilo desarrollado en los frescos murales, con representaciones de escenas de caza, de guerra y de procesiones en carro, con características similares a las de las pinturas parietales ya examinadas.

Casi todas estas cerámicas del siglo XIII eran fabricadas para la exportación y se hallan diseminadas por todo el Mediterráneo y Oriente; aparecen incluso en zonas consideradas marginales en este período, como pueden ser las costas del mar Negro, Sicilia o la propia Península Ibérica, a la que han llegado algunas piezas.

Uno de los ejemplares más llamativos de este momento, en torno a la construcción de los palacios micénicos o poco después, a comienzos del siglo XII, es el **Vaso de los guerreros**, aparecido en la casa de este nombre de Micenas. En una ancha banda de una crátera, una fila de guerreros camina en orden, despedidos por una mujer joven que alza los brazos. El armamento de los soldados ha sufrido una variación importante; los escudos son ahora pequeños y con una escotadura, no como los grandes escudos rectangulares o en forma de ocho, **altos como torres**, que llevaban los héroes homéricos, según los conocemos por otras representaciones. En vez de la espada, el arma ofensiva es ahora la lanza, de cuya asta cuelga una bolsa, probablemente con la comida de los guerreros: sus cascos con cuernos y penachos no son los conocidos cascos de cuero con colmillos de jabalí, típicos de los guerreros micénicos **clásicos**. En este vaso, el pintor se hace eco de las novedades armamentísticas del momento, de cuya efectividad serán víctima los propios micénicos.

Una variante del estilo pictórico se ha querido denominar **estilo salvaje**, debido a las figuras pintadas, verdaderas caricaturas de animales y escenas humanas, mitad monstruosas mitad cómicas. La cerámica del período Submicénico ofrece una mayor simplificación, respecto a la variedad de estilos y temas del Micénico III. En el continente, los alfareros seguirán decorando sus obras con el **estilo tupido**, cada vez más evolucionado y entremezclado con algunos temas pictóricos reducidos ya a la caricatura. En las islas, el estilo **heládico-levantino** se mantendrá durante mucho tiempo, con cambios, dando lugar a escuelas regionales de tradición micénica, de las cuales la más importante se instala en Chipre, donde el recuerdo de los temas micénicos, así como la escritura silábica **Lineal B**, perduraron hasta más allá de la Edad Oscura, avanzado el período Geométrico.

SARCÓFAGOS:

A lo largo de la Edad de Bronce y con su origen en Creta, se fue extendiendo lentamente un tipo de enterramiento en **lárnax**, esto es, en un recipiente de barro, más o menos grande y en forma de bañera o de caja rectangular con patas y tapadera. En los momentos finales de las culturas minoica y micénica, los **lárnakes** alcanzaron el máximo apogeo, tanto por su difusión geográfica como por la decoración que los adornaba. Encabezada por el magnífico sarcófago de Hagia Tríada, la serie de **lárnakes** resulta de enorme interés para reconstruir el ritual funerario en la etapa del Bronce Final, gracias a las escenas pintadas en sus paredes externas. Dispuestos en franjas bien enmarcadas, se desarrollan cuadros que recuerdan inmediatamente los funerales narrados en la **Ilíada**. En la iconografía de los **lárnakes** se introduce un tema nuevo en el arte griego primitivo: el desfile de las **plañideras**, **lloronas** que se llevan las manos a la cabeza en signo de dolor, sin que falte algún ejemplo en que una plañidera aparezca mesándose los cabellos.

Además de las mujeres dolientes, otras franjas representan escenas diversas: desfiles de carros, cacerías de animales salvajes, alguna que otra **taurokathapsía**, diversos animales aislados y símbolos de distinto tipo, entre los que no faltan los cuernos de consagración y el **labrys**, la doble hacha cretense.

El estilo de las figuras está en directa relación con la cerámica de **estilo heládico--levantino** y del **estilo denso**, ambos contemporáneos de los **lárnakes**. Algunos de éstos reflejan el estilo de las pinturas murales palaciegas, pero son los menos. Estos sarcófagos aparecieron en diversos lugares de Grecia continental (destaca el grupo de Tanagra, en Beocia), Creta y Chipre, como prueba de los amplios contactos entre estas áreas dominadas por los micénicos y de la **koiné** o unidad cultural de las mismas, en los tiempos anteriores a su caída, a manos de los **Pueblos del Mar**, y de su posterior desarrollo regional, independientes unas zonas de otras.

ESCULTURA:

Uno de los aspectos más llamativos y sorprendentes del arte creto-micénico es la ausencia de escultura monumental, en la que lo mismo egipcios que mesopotámicos rayaron a tan gran altura. Indudablemente, minoicos y micénicos debieron conocer esa escultura en sus contactos comerciales con Oriente. Sin embargo, con las escasas excepciones de las estelas de los círculos de tumbas de Micenas y del gran relieve de la Puerta de los Leones, parece que los micénicos se conformaron con las miniaturas grabadas en los sellos y los objetos pequeños esculpidos, de piedra y marfil y modelados en barro, y al igual que los minoicos, renunciaron a la escultura monumental de tres dimensiones.

De las 17 estelas funerarias que halló Schliemann sobre el Círculo A, señalando las tumbas reales, once de ellas ofrecen una cara decorada en relieve e inauguran la estatuaria micénica. Son representaciones de actividades típicamente aqueas (captura de un toro salvaje, cacería de dos leones que atacan a un toro, luchas entre infantes y hombres subidos en un ligero carro de guerra) en un estilo claramente emparentado con el arte minoico.

En un espacio de aproximadamente un metro cuadrado (la mayor de las estelas

mide 1,86 x 1,03 m.) estos cuadros de género están delimitados por bandas ornamentales, con las consabidas espirales enlazadas y series de ondas. El relieve es parco en detalles y parece un trasunto de trabajos sobre telas o madera, pero su estilo es vigoroso: predomina el movimiento, de animales en pleno **galope volandero** y figuras humanas inclinadas, sorprendidas en plena acción guerrera cuando no cinética.

Con el aislado ejemplo de la cabeza femenina de caliza estucada y pintada, hallada en las cercanías del mégaron de Micenas y correspondiente al siglo XIV, la escultura monumental está representada única mente por el altorrelieve de la **Puerta de los Leones** (en realidad, leonas), considerado como el primer ejemplo de gran relieve del arte occidental. Estas dos fieras están dispuestas a ambos lados de una columna apoyada sobre unas banquetas, siguiendo un modelo muy difundido en objetos de arte menor, sobre todo en la glíptica. La anatomía de los felinos está someramente modelada, prescindiendo de los detalles. Ello acentúa su poder y fiereza, efecto intencionado de una composición heráldica que exalta la majestad de la **Gran Madre**, simbolizada por la columna, como señora de los animales y protectora de la acrópolis y de la **Casa de los Atridas**.

El resto de la escultura micénica es de dimensiones reducidas; básicamente en marfil o terracota, tanto en forma de relieves como de figuras de bulto redondo. Los temas son muy diversos y van desde figuras aisladas, con predominio de ídolos y animales, hasta escenas de divinidades, luchas de guerreros con grifos y cacerías.

En las numerosas piezas de marfil se puede apreciar la influencia artística de Oriente, Siria sobre todo, de donde proviene este material. Ello es bien apreciable en una de las más conocidas piezas, la placa de marfil procedente de Ugarit (Ras Shamra), una tapadera de píxide en la que la diosa aparece sentada sobre el mismo tipo de banqueta que hay bajo la columna de la **Puerta de los Leones**. La diosa viste el típico vestido minoico de faraloes, con el pecho desnudo y sostiene unos manojos de espigas que mordisquean unas cabras montesas a sus lados.

Luce un tocado de forma puntiaguda, del que cuelgan unas plumas, similar a los que tienen muchas mujeres pintadas en los frescos de los palacios de Micenas y

de Pilos. El tema micénico está expuesto en un lenguaje estilístico típicamente sirio, como sucede en el grupo de píxides y mangos de espejo hallados en Enkomi (Chipre), en directa relación con motivos pintados en la cerámica **heládico-levantina** o de **estilo pictórico**. Estas características se pueden ver en otros relieves de marfil (placas de muebles y píxides, sobre todo) que aparecen, aquí y allá, en Grecia continental: Micenas, ágora de Atenas, Espata (Ática), etc. De la acrópolis de Micenas destaca también un famoso grupo de marfil, probable representación de una tríada divina ya propiamente micénica, con claras reminiscencias de las diosas de la fecundidad. Dos diosas con vestidos minoicos y un niño que juega entre ellas, han sido consideradas como Deméter, Koré y Triptólemo, divinidades vinculadas a la fertilidad de los campos y, en especial, al trigo y otros cereales. Otras piezas son típicamente micénicas, como la serie de cabecitas de guerreros tocados con un casco bien conocido, hecho de cuero y guarnecido con colmillos de jabalí dispuestos en bandas para lelas.

De terracota pintada con colores oscuros sobre fondo claro, es ingente la cantidad de ídolos, encontrados en tumbas y santuarios. Son muy corrientes y responden a un esquema común: formas denominadas según su parecido a algunas letras del alfabeto griego (**ídolos en psi, en fi ó en tau**), en función de la disposición de sus brazos, convertidos en simples muñones. El resto del cuerpo está levemente esbozado: un gran cilindro de base ensanchada y provisto de senos como único detalle anatómico resaltado. La cabeza la de un pájaro, con una abultada nariz y enormes ojos pintados. Suelen tocarse de un **polos** o birrete y alguna lleva un niño en brazos (**Kou-rótraphos**). Con estas mismas características de abstracción y cierto encanto en el modelado, son muy abundantes los animales (asnos, pájaros y, como siempre, con el predominio de los toros), o algunos modelos de carros tirados por caballos, uno de los temas recurrentes en el arte griego primitivo, empleado como manifestación del poder de los príncipes micénicos y sus allegados.

ARTES MENORES:

Con la descripción del ajuar de la tumba IV del Círculo A de Micenas hecha más arriba, hemos pretendido dar una idea de la importancia de las artes menores en la

civilización micénica, verdadero exponente del poder y riqueza material de los príncipes aqueos. La mayor parte de los objetos hallados en las tumbas micénicas son manufacturas minoicas, como ya se ha expuesto, realizadas por artistas cretenses, bien en su patria, bien instalados ellos en el continente, trabajando para los nuevos señores. Sin embargo, hay muchos objetos que son propios de éstos y que poco o nada deben a otras artes. Entre ellos, los más conspicuos son las llamadas **máscaras**, finas láminas de oro batido, en las que se ha intentado plasmar los rasgos fisiognómicos propios de los difuntos; por eso resultan tan **personales**, diferentes entre sí y no exentos de cierta rudeza, lindante con lo caricaturesco.

El mismo carácter, propio de los aqueos, tienen algunas de las vasijas áureas de la tumbas, versiones de la cerámica miniana, junto a piezas puramente minoicas y trasuntos locales de éstas. Las conocidas espadas con lances de guerras, de cacerías, de animales y paisajes, responden a modelos sacados de Creta, tal y como lo han revelado los hallazgos del palacio de Malia. Estos datan del Minoico Medio, hacia 1800, aunque por su cantidad y calidad se han convertido en prototípicas de lo que se copió para los príncipes de Micenas.

La tutela artística de Creta es visible, sobre todo, en la glíptica. El estilo y los detalles, tales como trajes, altares, cuernos de consagración, etc., son totalmente minoicos, aunque, como hemos visto, la composición está organizada siguiendo esquemas geométricos, con el predominio de la llamada **disposición especular**, a costa de repetir simétricamente los motivos como si estuviesen reflejados en un espejo. Sólo son nuevos los temas propiamente continentales: a las consabidas escenas de guerra y caza hay que añadir grifos, esfinges, procesiones de *daimones*, guerreros subidos a carros, armas, motivos geométricos, etc.

Dentro de las artes menores queda citar, aunque sólo sea de pasada, otros materiales y objetos diversos. Son muy numerosos, y su descripción superaría lo posible en este tema; comprenden todo tipo de recipientes de bronce martilleado, muchos de ellos con formas nuevas, además de otros enseres tales como cuchillos,

tridentes, pinzas y armas. Entre estas últimas, espadas de bronce, canilleras repujadas (**cnémides**) o armaduras, como la que apareció en Midea (Dendra), verdadero armatoste articulado, hecho a base de piezas martilleadas de bronce y unidas con tiras de cuero. Por último, cabe citar una serie abundantísima de piezas de adorno personal: alfileres, collares, brazaletes y anillos, además de un objeto de vestuario que es inventado en los momentos finales de la cultura micénica, la **fibula** o imperdible, con un diseño similar a los actuales. Todos estos objetos se hicieron en bronce y piedras semipreciosas, salvo algún anillo de hierro, metal apreciadísimo y conocido ya por otros pueblos y que adelanta la próxima aparición de la Edad de Hierro en el período Submicénico. Esto sucede después de la destrucción de los palacios y ciudades de los aqueos, como consecuencia del **Retorno de los Heráclidas**.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.